

## LA PRESENCIA CIVILIZADORA DE JUAN BAUTISTA ALBERDI\*

*Alejandra Salinas\*\**

*¿Qué es la barbarie en la política? Es la improbidad.*

*Pero la improbidad en política, es como  
la improbidad en las otras cosas de la vida.*

*No hay dos morales. Es un ladrón en la moral  
común y única, no el que dispone de lo suyo,*

*sino el que dispone de lo ajeno contra la  
voluntad y en perjuicio de su dueño.*

*J. B. Alberdi, Palabras de un ausente*

### Introducción

Juan Bautista Alberdi nació el mismo año que su patria. Esa conjunción fortuita pareciera aludir, simbólicamente, al destino común del escritor tucumano y de la futura nación argentina, marcados por las dolorosas vicisitudes de una inestable vida republicana. Uno y otra sufrieron los lamentables efectos de las disputas armadas y la intolerancia política que, con algunos intervalos, han marcado al país durante estos doscientos años, y que desde temprano condujeron a Alberdi a vivir sucesivamente en Uruguay, Chile y Europa.

Sin embargo, la ausencia de este notable pensador fue, como él mismo declara, solamente corpórea, ya que su espíritu estuvo moralmente presente en el amor por el suelo argentino y en el compromiso con la

---

\* Este ensayo recibió el Primer Premio en el Concurso de Ensayos sobre Alberdi, organizado por la Fundación Atlas 1853, Buenos Aires, 2010.

\*\* Doctora en Sociología (UCA). Profesora de Teoría Política y Social (UCA/ESEADE).  
Email: salinas@eseade.edu.ar

construcción institucional, que se mantuvieron intactos durante toda su vida. Si bien forzada por motivos políticos, la distancia fue entonces ocasión propicia para permitir a Alberdi desarrollar un pensamiento comprensivo de las causas y rasgos de los problemas nacionales, publicado en numerosos escritos que inspiraron a intelectuales y estadistas a lo largo del tiempo. Así, las ideas expuestas en las *Bases* y en el *Sistema económico y rentístico* contribuyeron al diseño e implementación de las instituciones republicanas liberales, que en pocas décadas permitirían posicionar a la Argentina entre las primeras potencias mundiales. No menos relevantes para la vida política del país fueron sus argumentos en contra del *Crimen de la Guerra*, que advertían contra las nefastas consecuencias de las guerras y promovían las virtudes pacificadoras del comercio y la moral cristiana como los dos pilares del progreso tanto individual como social.

En lo que sigue de este corto ensayo quiero destacar los puntos salientes de la reflexión de Alberdi sobre la cultura política argentina, tal como la esboza en *Palabras de un ausente*. Este texto ilustra, en varios sentidos, el compendio intelectual de su autor: escrito en 1874 y fruto de la madurez, recoge las impresiones de un hombre que sufrió en su propia persona los efectos de los conflictos políticos, y que se detuvo a analizar los rasgos principales de éstos con la esperanza de salir del “vicio, la rutina, la inepticia” para alcanzar un desarrollo anclado en la libertad. Entre esos conflictos, figura en lugar prominente el tema de la civilización y la barbarie, entendidas como aquellos aspectos de una cultura política determinada que posibilitan o frenan, respectivamente, la libertad y el progreso. Mientras que los gobiernos civilizados cumplen con su función de guardianes de las condiciones que promueven la libertad y el progreso, los bárbaros traicionan esa función, robando a sus pueblos el derecho a la paz, a la seguridad y a la verdad.

Las palabras de Alberdi en este texto reflejan la cautela de quien advierte las múltiples facetas de una realidad social compleja, que escapa a las simplificaciones estériles: ni la civilización es exclusiva de la vida urbana y “letrada”, ni la barbarie late solamente en la escena campestre y

“salvaje”. Por el contrario, ambas coexisten en diversas proporciones en varias figuras y en cada escenario histórico, a manera de dos polos entre los cuales oscila la vida política de las naciones. Veamos entonces las características particulares de estos dos fenómenos en el retrato que nos ofrece su autor.

### **Civilización y barbarie**

El concepto de civilización en Alberdi reviste un aspecto económico y otro político, conjugados para aludir al progreso genuino y a la libertad de los pueblos. Para él, civilización, libertad y progreso se implican mutuamente: si la riqueza económica depende del trabajo productivo y de las virtudes industriosas de los individuos volcadas en el intercambio voluntario, la riqueza política consiste en la conciencia de seguridad y la libertad individual frente al accionar de los gobiernos. Siguiendo a Montesquieu, el pensador argentino escribe: “Ser libre, es estar seguro de no ser atacado en su persona, en su vida, en sus bienes, por tener opiniones desagradables al gobierno. La libertad que no significa esto, es una libertad de comedia. La primera y última palabra de la civilización, es la seguridad individual.”

Civilización y progreso económico se convierten así en términos intercambiables pues ambos caracterizan a una sociedad donde la creación individual mediante el trabajo y su resultado directo, la propiedad, se ven alentadas y en consecuencia acrecentadas por alojarse en una esfera inmune al poder político. Análogamente, civilización y libertad son términos indistintos; en especial, la libertad de expresión actúa como coraza protectora de la persona, su vida y sus bienes, al colocar toda opinión crítica de los gobiernos en la misma esfera de inmunidad. Desde este ángulo, denunciar los atropellos gubernamentales sin temor a ser callado, perseguido o encarcelado constituye un ejercicio fundamental de libertad política y la primera señal de resistencia a las violaciones estatales de la seguridad individual.

Retratada de esta forma, la relación entre civilización, libertad y progreso nos remite a esa tradición cultural europea caracterizada como “esa cosa querida que tanto deseamos los americanos aclimatar en nuestro suelo”. Nótese el encuentro de culturas que late en la frase, al señalar que las tradiciones europeas deben *adaptarse* al nuevo continente, es decir, ni imitarse ni ignorarse sin más. El texto señala que la primera adaptación fue efectuada por el constitucionalismo norteamericano para defender el legado inglés de la libertad, modelo en el cual Alberdi halló inspiración para el diseño republicano que a su vez sirvió de base a la Constitución nacional. En este sentido la civilización, según el autor tucumano, no puede sostenerse sin garantías concretas ni documentos que recuerden a los gobiernos cuál es el espíritu de la libertad, que impone límites infranqueables a la acción gubernamental. La voz de Alberdi acusa de traidores a los gobiernos que, traspasando ilegítimamente estos límites, despojan a los individuos de sus derechos, asumen la suma del poder público e introducen así la inseguridad como forma de gobierno.

Frente a ellos, la presencia civilizadora de Alberdi que encontramos en todos sus escritos y en sus acciones como hombre político se resume en la idea de crear las condiciones necesarias para asegurar y proteger el progreso y bienestar individual, que redundan luego en el bienestar general. Primera y principal entre esas condiciones figura la remoción del mayor obstáculo, de naturaleza política, que no es otro que el abuso de los gobiernos en sus distintas formas: el imperio de la tiranía, el desorden de la arbitrariedad, la imposición de la barbarie.

En un sentido esencial, en el texto bajo análisis civilizar significa simplemente luchar contra las prácticas de la barbarie política, en su doble cara de violencia y mentira. La interrelación entre ambas queda de manifiesto en el objetivo que persiguen: “Las dos barbaries van a un mismo fin, pero por dos caminos. Destrozar el derecho es su propósito común. El camino de ese fin para la una es la violencia brutal, para la otra es la mentira del respeto al derecho.” El derecho del que habla Alberdi no es otra cosa que la seguridad individual convertida en derecho; bien sabía el lector de Adam Smith que sin justicia no hay derechos, y sin éstos no hay paz ni orden social posible.

Así, el edificio social se derrumba como consecuencia de la violencia oficial, cuya forma extrema es la guerra; como producto del robo oficial, que “dispone de lo ajeno contra la voluntad y en perjuicio de su dueño”, y como resultado de la calumnia oficial, “que fue siempre el arma de los gobiernos bárbaros, aunque fuesen letrados.” A modo de arquetipos alberdianos, los gobiernos que cometen acciones violentas son bárbaros “salvajes”, y los que incurrir en robos y calumnias son bárbaros “letrados”. Uno y otro arquetipo pueden, desde luego, coexistir en un mismo gobernante. La barbarie política es la suma de estas improbidades: describirlas, acusarlas e impedir las es el objeto de la civilización que enuncia Alberdi.

Detengámonos por un momento en el concepto de calumnia. Ésta ha sido, según nuestro autor, “temible y desastrosa” por varios motivos: “porque dispone del instrumento heroico de calumnia, la cárcel”, “porque destruye los mejores nombres. No se calumnia jamás a los pícaros”, y porque cuando “no se han dado el poder a sí mismos, han forzado la mano del país para hacerlo dar a los cómplices de su dominación inacabable y latente.” La barbarie-calumnia se encuentra lejos de la acción vandálica y sangrienta de hordas descontroladas avanzando sobre la ciudad, tal como la presenta el imaginario histórico de un Gibbons. Más a tono con nuestro tiempo, la metáfora de la barbarie pudiera ser asociada con el avance de tropas intelectuales respaldando el discurso de gobiernos abusivos que utilizan la mentira sistemática como un instrumento para desacreditar y callar al disidente con el fin de perpetuarse en el poder.

Podría decirse entonces que el peso de la calumnia aplasta la verdad – y el honor y la bonhomía que la acompañan-, y no sólo produce inseguridad sino que torna la vida de los pueblos inhóspita y mezquina. En estas circunstancias, la verdad suele buscar refugio en la ausencia del exilio. Alberdi lamenta la partida de “tantos argentinos ilustres, que rodaron parte de su vida en la tierra extranjera, en que quedaron sepultados muchos de ellos”. Debe decirse, además, que la ausencia es un fenómeno multifacético; aún entre quienes no emigran, renunciar por temor, comodidad o indiferencia a conocer, promover y defender la verdad frente a la calumnia es también una forma de ausencia.

## Conclusión

¿Cómo impedir la barbarie política en sus tres formas, violencia, robo y calumnia? Alberdi escribió para promover tres ideas antinómicas de la barbarie –paz, justicia y verdad– y llevó estas ideas a la práctica, erigiéndose en embajador de la paz, redactor de la Constitución y propulsor de las fuerzas económicas que promueven la riqueza genuina de las naciones. El impacto de sus aportes teóricos y prácticos produjo múltiples frutos en la generación siguiente, posibilitando un crecimiento en libertad en el territorio argentino, que lo había desconocido hasta entonces.

Más aún, la figura de Alberdi trasciende las fronteras nacionales y ocupa un lugar prominente entre aquellos pensadores del mundo para quienes la civilización de la libertad es una sola, extrapolable y acomodable a todas las culturas; para quienes el comercio y el mensaje moral acercan a los pueblos promoviendo la cooperación pacífica y el bienestar general, y para quienes la unión de las naciones mediante acuerdos, organismos y cortes de justicia no constituye una utopía sino una posibilidad factible de ser alcanzada con éxito.

Si a esta altura cabe repetir la pregunta sobre porqué celebrar el legado de Alberdi en el bicentenario de la Revolución de Mayo, concluiré recordando que el suyo fue un esfuerzo único e irrenunciable, tanto intelectual como práctico, en pos de un único objetivo: promover la defensa de los derechos individuales, y afianzar así la civilización, la libertad y el progreso. Para lograr tal objetivo, para eliminar la barbarie política en todas sus formas, el pensador argentino utilizó con destreza los diversos instrumentos a su alcance: la pluma, la acción y la palabra. Hoy más que nunca, la presencia civilizadora de Alberdi permanece entre nosotros, no sólo como inspiración intelectual sino también como modelo de ciudadano comprometido con el afán de ver realizado el ideal de una república más civilizada.

## REFERENCIAS

---

- Alberdi, Juan Bautista, 1852, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, ed. F. Cruz, en <http://www.hacer.org/pdf/Bases.pdf>
- Alberdi, Juan Bautista, 1854, *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, en <http://www.hacer.org/pdf/sistema.pdf>
- Alberdi, Juan Bautista, 1870, “El crimen de la guerra”, en *Escritos Póstumos*, Tomo II, Buenos Aires: Imprentas Europeas, Montes, cruz y Alberdi, 1895-1901, 16 vol. (reimpreso por Ediciones El Tonel, 1956). Una edición de 1920 con Introducción de Joaquín V. González está disponible en <http://www.hacer.org/pdf/Guerra.pdf>
- Alberdi, Juan Bautista, 1874, *Palabras de un ausente en que explica a sus amigos del Plata los motivos de su alejamiento*, Emecé/Buenos Aires Gobierno de la Ciudad (2010). Una versión digital de otra edición está disponible en <http://www.hacer.org/pdf/Alberdi00.pdf>
- Botana, Natalio R., 1985, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, segunda edición, Ed. Sudamericana.
- Estévez, Roberto, 2007, *Ethos y Polis. La Constitución Nacional y Alberdi*, Tucumán: UNSTA.
- Mayer, Jorge M., 1973, *Alberdi y su tiempo*, Vol. II, segunda edición, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires / Distribuidor Abeledo-Perrot.
- Salinas, Alejandra, 1992, “La guerra y la paz en Alberdi”, *Libertas*, N° 16, mayo, pp.63-78, en [http://www.eseade.edu.ar/servicios/Libertas/29\\_3\\_Salinas.pdf](http://www.eseade.edu.ar/servicios/Libertas/29_3_Salinas.pdf)